

Julia Navarro (2024). *El niño que perdió la guerra*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 638 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/p9xrsb66>.

Julia Navarro, escritora y periodista española nacida en Madrid el 8 de octubre de 1953, es una de las autoras más destacadas dentro del panorama literario de las últimas décadas. Con títulos tan reconocidos como *Dispara, yo ya estoy muerto* (2013) o *Tú no matarás* (2018), Navarro cuenta con una amplia trayectoria en el mundo de las letras que le ha valido diferentes reconocimientos, como el Premio Más que Música de los Libros en el año 2006 o el Premio CEDRO en 2018. En septiembre de 2024, publicó su última novela hasta el momento, *El niño que perdió la guerra*, con la que se adscribe a una narrativa que busca iluminar las zonas más silenciadas y ocultas de la memoria histórica contemporánea, y que centra su atención en el papel de la infancia como espacio de vulnerabilidad y pérdida constante ante las guerras. Esto se puede ver desde el inicio de la obra que comentamos, cuando Pablo, un niño de cinco años, es separado de los brazos de su madre biológica, Clotilde, para ser trasladado desde una España avasallada por los últimos años de la Guerra Civil hasta la Unión Soviética. Este comienzo sitúa a quienes leen frente a una realidad dolorosamente extendida y confirmada a lo largo de la historia: la infancia no es un refugio protegido ante las injusticias del mundo, sino una moneda de cambio dentro de las decisiones de las personas adultas.

La afirmación de que “los niños siempre pierden las guerras de sus padres” sintetiza con claridad el núcleo de la novela y se convierte en el eje que articula toda la trama. Pablo es víctima del contexto social en el que le tocó nacer y de las decisiones de Agustín, su padre, quien, absorbido por la ideología comunista, actúa convencido de que la causa política justifica la separación familiar, y que enviar a su hijo a la Unión Soviética es un sacrificio necesario para que este consiguiera vivir un “mañana distinto” al que podría aspirar en la España falangista. No obstante, lo que su hijo encuentra al llegar allí no es el amanecer de un mundo mejor, sino un contexto marcado por el mismo miedo y la misma represión de la que partió. Navarro es clara al subrayar que, aunque los discursos ideológicos

cambien, en los regímenes autoritarios lo que prevalece es la anulación de la libertad.

Esta obra permite una lectura con perspectiva de género sobre el papel que cumple la maternidad y que proporciona un entendimiento abyecto de esta, integrándose así en las líneas de investigación de pensadoras como Adrienne Rich, quien proclamaba que la maternidad era una cuestión institucional, o Elisabeth Badinter, que reconfiguró el modelo de Rich para defender que lo maternal no es una necesidad natural, sino un constructo social. Ambas autoras, desde sus respectivos enfoques y en sus respectivas épocas, han defendido que este rol se puede expresar más allá del arquetipo normativo y estereotípico de la mujer angelical que vive por y para ser madre. Lejos de reducir el mérito de esta función, esta comprensión del término va a posibilitar representaciones maternas con mucho más desarrollo.

Este esquema de madre que comentamos se refleja en la novela de Navarro, pues, a medida que avanza la historia, el personaje de Clotilde emerge como una madre que encarna la resistencia desde lo íntimo. Su oficio de caricaturista y su empeño por reunirse con su hijo la convierten en un símbolo de resistencia frente a un poder que intenta anular la libertad de pensamiento de quienes viven en la España de posguerra. Para ella, la maternidad se convierte en la razón por la que se levanta luego de que la policía del régimen franquista la torture y la encarcele una y otra vez, por el simple motivo de expresar su pasión por el arte. Algo similar le ocurre a Anya —la esposa de Boris Petrov, amigo íntimo de Agustín y el encargado de llevar a Pablo a la URSS—, una pianista y amante de la poesía que se niega a claudicar ante la idea del “hombre nuevo” que el gobierno de Stalin ha introducido en el país. Para Pablo, ella es una madre adoptiva que le ofrece afecto, refugio y educación en una comunidad que, aunque lo acoge, también lo aliena. Esta doble maternidad que experimenta el niño protagonista se produce gracias a la empatía de dos mujeres que, sin conocerse, empatizan con la realidad de la otra, priorizando siempre el bienestar de un ser vulnerable que las necesita a ambas.

El valor narrativo de esta relación se observa desde la sororidad afectiva: el cariño y el cuidado de Anya hacia Pablo nunca logra borrar el de Clotilde, pero sí sostiene al niño durante los últimos años de su niñez y los primeros años de su juventud. En ningún momento se plantea una rivalidad entre las dos madres, ya que el objetivo es representar a dos

guardianas que, por encima de lo biológico o lo adoptivo, se muestran fuertes e inflexibles ante la tiranía.

Además de las protagonistas, otros personajes también cumplen un papel clave al aportar complejidad y al mostrar que la historia no solo refleja una lucha social entre pensamientos absolutos, sino un espacio lleno de ambigüedades. Entre ellos, uno de los que más destaca es el padre de Anya, quien resulta especialmente relevante por representar la desilusión de una generación que creyó en la revolución bolchevique y que terminó atrapada en la contradicción entre los ideales proclamados y las prácticas represivas del régimen stalinista. A menudo, este hombre enfrenta a su hija por considerarla demasiado rebelde e individualista, y enfatiza el hecho de que fue la madre de esta quien le inculcó esa forma de ser. Este reproche que le hace el padre a Anya cobra especial relevancia cuando, el propio anciano, al ver las injusticias que sus supuestos aliados políticos están ejecutando, llora desconsoladamente recordando a su esposa, personificada en un piano que le dejó a su hija en herencia y que las autoridades del régimen querían confiscar. A través de esta escena, queda clara la vulnerabilidad del personaje, pero también se refleja perfectamente la relevancia que se le da a la maternidad en la obra que reseñamos, pues esta no solo actúa como suministradora de cuidados, sino como emblema intergeneracional de valentía y disidencia frente a todo lo que coarta la libertad de pensamiento.

Desde el punto de vista estilístico, Julia Navarro utiliza una prosa fluida que, sin abandonar el rigor histórico, da prioridad a la construcción de personajes complejos y profundamente humanos. Alterna escenarios variados —el hambre de Madrid, el frío del estalinismo en Leningrado y las cárceles de los distintos gobiernos— sin perder de vista que lo esencial son las vidas pequeñas y las emociones frágiles que se ven arrasadas por los grandes acontecimientos. En consonancia con otras obras de la autora, las voces femeninas ocupan un lugar central, como ya hemos podido ver, pues no solo actúan como un motor narrativo, sino como un símbolo de la capacidad de sostener a sus hijos en medio del caos y de preservar la ternura allí donde los gobiernos dictatoriales intentaron borrarla. Esta elección literaria en pro de lo femenino no es casual, sino una declaración de intenciones que refuerza la tesis de que, frente a la brutalidad de los sistemas totalitarios, la resistencia muchas veces viene de las mujeres que, sin pretensiones heroicas ni guerreras, consiguen enarbolar la bandera del avance hacia el futuro.

En conclusión, *El niño que perdió la guerra* es una novela que articula historia, memoria y emoción en un relato de gran densidad simbólica y de enorme actualidad. La afirmación de que “los niños siempre pierden las guerras de sus padres”, que antes comentamos, se proyecta más allá del contexto histórico concreto y funciona como una advertencia universal que sugiere que ninguna ideología ni ningún proyecto político puede justificarse cuando el precio que impone es el sacrificio de la infancia, de la maternidad y de la libertad individual.

Obras como la que nos ocupa resultan especialmente significativas hoy en día, en un tiempo donde se siguen viendo regímenes y discursos con pretensiones absolutistas que vuelven a colocar la ideología por encima de la vida y donde, además, se percibe una falta de sensibilidad social frente al sufrimiento ajeno, especialmente ante el dolor femenino. En este contexto, las palabras de Julia Navarro nos recuerdan la urgencia de volver a conectar con las y los otros y de rescatar la empatía y el respeto hacia la diferencia. Asimismo, este relato nos anima a reconocer el valor de quienes ponen en peligro su vida por defender su libertad de crear, pensar y expresar sus sentimientos tal y como lo consideran, sin tener que soportar ningún yugo.

AIRAN SOCORRO GIL

<https://orcid.org/0009-0009-0910-4459>

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (España)

airansocorrogil@gmail.com